

Elogios para *Los temores del corazón*

“Trillia habla desde su corazón y experiencia personal a todas las mujeres que nos encontramos atrapadas por el temor a lo que otros piensan de nosotras, a lo que pueda suceder o a lo que podría nunca suceder. Ella nos señala el camino hacia la libertad que se encuentra en dejarnos atrapar por un temor muy diferente, el temor del Señor”.

NANCY GUTHRIE, maestra bíblica y autora de *Santos y sin vergüenzas en la historia de Jesús y Bendición: Experimenta la promesa del libro de Apocalipsis*

“Trillia Newbell sabe lo que es vivir atormentada por el temor. También sabe lo que es pelear por la fe y aferrar el corazón al carácter de nuestro Dios sabio, fiel, amoroso y soberano. Ella nos ofrece esperanza para vencer nuestros temores y experimentar una paz verdadera que cultiva un temor reverencial del Señor”.

NANCY DEMOSS WOLGEMUTH, autora y presentadora de *Aviva Nuestros Corazones*

“El temor ha sido un acompañante durante gran parte de mi vida que me ha robado gran parte de mi gozo. En *Los temores del corazón*, Trillia explora con gran calidez y compasión los temores que experimentan muchas mujeres, y dirige los corazones temerosos hacia Aquel que nos ha hecho libres de todo temor”.

CHRISTINA FOX, consejera acreditada de salud mental y autora de *Los ídolos en el corazón de una madre, Esperanza para el corazón de una madre y Un temor santo*

“Trillia nos presta un gran servicio con este libro al tratar de frente el temor y la ansiedad y profundizar en el tema hasta llegar a sus raíces. Lo hace con la dulzura de una madre y con una mente arrraigada en la Biblia. Ya sea que luches personalmente con el temor o que vivas con personas que tienen esa lucha, encontrarás ayuda útil y bien articulada en las páginas de este libro”.

MATT CHANDLER, pastor principal de The Village Church, Dallas, Texas; autor de *Vivir es Cristo, morir es ganancia y Sé valiente: Valor cristiano en la era de la incredulidad*

“Muchos cristianos viven atemorizados y les espanta reconocerlo. Trillia Newbell nos ayuda a enfrentar nuestros temores y a mirar más allá a Cristo, que ha vencido a todos nuestros enemigos. Aunque el libro aborda temas difíciles, lo hace con la seriedad gozosa de una mujer ungida con el Espíritu Santo y sabiduría”.

RUSSELL D. MOORE, teólogo de *Christianity Today* y autor de *La tentación y el triunfo de Cristo*

“Los temores del corazón es un libro que servirá como fuente de aliento para muchas mujeres que lo necesitan y que piensan que son las únicas que padecen crisis. El testimonio sincero de Trillia junto con las historias reales de otras mujeres demuestran que nada está fuera del alcance del amor redentor de Cristo por nosotros”.

MARY K. MOHLER, directora de *Seminary Wives Institute of The Southern Baptist Theological Seminary* y autora de *Sublime gratitud*

“Si alguna vez has pensado que eres la única que tiene temores y si te has convencido a ti misma de que el temor no es un problema para ti, este libro te desafiará a examinar la veracidad de esos supuestos. Este libro lleno de gracia te ayudará a recuperar la energía que pierdes en el temor y a redirigirla hacia la fe en un Dios infinitamente confiable”.

JEN WILKIN, autora de *Women of the Word*

“Trillia trata temores reales al tiempo que nos dirige a las alturas de nuestro Dios absolutamente real. Él es bueno, soberano y poderoso en su amor para dar respuesta a nuestros temores individuales y nos llama a confiar en Él. Nuestra alma necesita con urgencia fortalecerse en la Palabra de Dios porque, con demasiada frecuencia, nos dejamos llevar por temores pecaminosos en lugar de guiarnos por un sano temor de Dios”.

BLAIR LINNE, artista cristiana de la palabra hablada y escritora

“Trillia pone el dedo en la llaga que a muchos nos impide crecer en la fe y vivir con gozo: el temor. Escribe con humildad, sinceridad y un tono victorioso. Este libro te bendecirá y será liberador para tí”.

J. D. GREEAR, autor de *Jesus, Continued... Why the Spirit Inside You Is Better Than Jesus Beside You*

“Nos encantan las reflexiones de Trillia Newbell acerca de los temores comunes, y su transparencia y sinceridad acerca de sus luchas personales. El corazón de Trillia se abre bellamente en las páginas de este libro. *Los temores del corazón* es un libro cálido y franco que transmite esperanza y se centra en Cristo, por lo que te ayudará a profundizar tu confianza en Dios”.

RANDY Y NANCI ALCORN, autores de *Help for Women under Stress*

“Trillia Newbell, una de las personas más alegres que conozco, revela sus luchas con el temor y el camino transitado hacia la fe. Como alguien que sufre de temor crónico, me reconfortó leer *Los temores del corazón*”.

LORE FERGUSON WILBERT, autora de *Handle with Care*, bloguera en sayable.net

“Aunque Trillia Newbell escribe principalmente para mujeres, nos habla a todos los temerosos que vivimos desorientados y en caos. Ella nos recuerda que cuanto más nos gobierna el temor correcto, más se debilitan nuestros temores equivocados. El libro *Los temores del corazón* fue un tónico para mi alma”.

JON BLOOM, cofundador de Desiring God, autor de *Not by Sight* y de *Things Not Seen*

“El temor se agudiza y crece en la oscuridad de infinitas suposiciones catastróficas. ¡Cómo cambia todo cuando resplandece la luz! Trillia tiene buenas noticias para las que nos vemos tentadas a vivir en temor. Las suposiciones catastróficas no tienen dónde esconderse del resplandor del evangelio que declara: ‘No escatimó a su propio Hijo’. Ven y disfruta de la luz”.

GLORIA FURMAN, autora de *Destellos de gracia* y de *Madres con una misión*

“Este libro, calmante para la mente y el alma, transformará a muchas mujeres temerosas en mujeres llenas de fe. También ayudará a muchos hombres a entender mejor a sus esposas y, por ende, a servirles con más paciencia, amor y sabiduría”.

DAVID MURRAY, pastor, profesor, autor de *The Happy Chris*

“Trillia Newbell ofrece a la iglesia un recurso valioso con su libro *Los temores del corazón*. Con amabilidad, humildad y valor, Trillia abre las páginas de su vida delante de nosotras para luego dirigirnos una y otra vez a Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe”.

JESSICA THOMPSON, escritora y oradora

“Trillia Newbell indaga a fondo en nuestro corazón de mujer para sacar a la luz nuestros temores y sus raíces de orgullo, incredulidad y codicia. En seguida nos ayuda a enfrentar esos temores al aplicar cuidadosamente las palabras de nuestro Dios fiel que nos anima diciendo: ‘¡No temas!’. Este libro está lleno de sabiduría y de verdad que desearás consultar una y otra vez”.

JANI ORTLUND, vicepresidenta de Renewal Ministries, autora de *Ayuda! Estoy casada con mi pastor*

“Me alegra en gran manera que Trillia haya escrito este libro. Ella brinda esperanza verdadera a las mujeres que sufren a diario la sobrecarga y el agotamiento que son producto del temor. *Los temores del corazón* constituye un bello recordatorio de que ya no necesitamos ‘lograr’ algo, porque nuestro amoroso Dios nos valora y nos acepta tal como somos”.

KELLY ROSATI, autora y antigua vicepresidenta de alcance a la comunidad de Focus on the Family (Enfoque a la Familia)

“El estilo de Trillia como autora es de una sinceridad encantadora. En *Los temores del corazón*, ella desnuda su corazón y nos permite recorrer de la mano sus luchas personales con el temor. Gracias, Trillia, no solo por desafiarnos a quienes luchamos con el temor, ¡sino también por guiarnos claramente en el camino hacia la paz verdadera!”.

KIMBERLY WAGNER, autora de *Fierce Women*

“Todas podemos identificarnos con los resultados destructivos y paralizantes de vivir con temor. En cambio, como cristianas anhelamos vidas marcadas por la fe y el poder de Dios. Trillia nos recuerda por qué podemos confiar en Dios y nos presenta una visión de la vida definida por esa clase de confianza —el temor de Dios—, en lugar de por nuestros sentimientos o temores o cualquier otro sustituto en el camino”.

AMY SIMPSON, autora de *Anxious: Choosing Faith in a World of Worry*

“Es alentador ver tanta transparencia en la profunda exploración que hace Trillia de historias reales y temores con los cuales luchamos todas las mujeres. Es liberador leer soluciones bíblicas para vencer esos temores. Animo a las mujeres de todas las edades y trasfondos a que lean este libro”.

NAGHMEH ABEDINI

“Cuando el temor y la ansiedad nos azotan como una ola violenta, no es fácil confiar en Dios. El mensaje de Trillia es que el temor no tiene que derribarnos. En un estilo práctico, cercano y profundamente arraigado en la Palabra de Dios, Trillia nos brinda una esperanza real y significativa a las personas temerosas. ¡Toda mujer necesita este libro!”.

ERIN DAVIS, escritora, oradora y bloguera

los temores del corazón

Encuentra la paz que anhelas

TRILLIA J. NEWBELL



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en desarrollar y distribuir productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

This book was first published in the United States by Moody Publishers, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, IL 60610 with the title *Fear and Faith*, copyright ©2015 by Trillia Newbell. Translated by permission. All rights reserved.

Este libro fue publicado originalmente en los Estados Unidos por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, IL 60610 con el título *Fear and Faith*, copyright ©2015 por Trillia Newbell. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Los temores del corazón* © 2023 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Traducción: Nohra Bernal

Diseño interior: Kent Jensen

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NBLA” ha sido tomado de la Nueva Biblia de las Américas, © 2005 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de la Santa Biblia, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL®, © 1999, 2015 por Bíblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis de la autora.

EDITORIAL PORTAVOZ

2450 Oak Industrial Drive NE

Grand Rapids, MI 49505 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5036-5 (rústica)

ISBN 978-0-8254-7097-4 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-7098-1 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 32 31 30 29 28 27 26 25 24 23

*Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America*

Para Thern, mi esposo, y nuestros dos hijos.
Doy gracias a Dios por ustedes cada día.
Ustedes me enseñan lo que significa vivir con valentía,
confiar mi vida a nuestro Salvador y servir
con un corazón alegre.
¡Ustedes son un gozo, un deleite y una bendición para mí!
¡Los amo!

Contenido

Prefacio.....	11
Introducción	13
1. El temor al hombre	19
2. El temor al futuro	34
3. El temor a otras mujeres	41
4. El temor a la tragedia	51
5. El temor a no dar la talla	62
6. El temor a la apariencia física.....	74
7. El temor a la intimidad sexual	86
8. Por qué podemos confiar en Dios	99
9. El temor del Señor	112
10. Cuando tus temores se hacen realidad	117
11. Crece en el temor del Señor	138
Preguntas de reflexión	149
Apéndice 1: Los desórdenes alimenticios.....	155
Apéndice 2: Una valla de duda.....	167
Agradecimientos.....	171

Prefacio

*E*l temor no es solo una realidad que conozco; es una tentación que me ha asediado desde que tengo memoria. Cuando era niña, tenía miedo de los perros, pero en mi vida adulta mis temores se han vuelto más sofisticados y debilitantes. He luchado con temores como estar en presencia de extraños o perder un hijo. Mediante mis conversaciones e interacciones con mujeres a lo largo y ancho del país, he descubierto que no soy la única. *Los temores del corazón* es un libro escrito en parte para decirte que no estás sola en tu lucha con el temor.

Una de las particularidades del libro es la sección dedicada a historias de otras mujeres que, como tú y como yo, han batallado con el temor. Estas mujeres vienen de trasfondos muy variados y se encuentran en etapas muy diferentes de la vida, pero todas tienen algo en común: han comprobado que el Señor es fiel.

Sin embargo, no basta con simplemente fundarnos en las historias de otras personas. En las páginas que siguen, verás en primer lugar que Jesús también está contigo. Él fue tentado en todo, incluso fue tentado a temer, pero no pecó. Jesús te entiende y te ofrece el consuelo y la paz que brindan su bondad y su gracia.

También exploraremos quién es Dios y por qué podemos confiar en Él. ¿De qué manera afectan la soberanía, la bondad, el amor y la sabiduría de Dios nuestra respuesta frente a la tentación del temor? ¿Podemos realmente confiar en Dios? Mi oración es que por medio de estas verdades bíblicas y de las historias de

otras mujeres, este libro te ayude a encontrar la paz que anhela tu corazón. ¡Yo también la anhelo!

Como todo libro, este recurso es limitado. Si yo estuviera contigo en persona para animarte y aconsejarte en medio de tu lucha presente, tal vez te recomendaría que busques a un consejero, un pastor u otro profesional, dependiendo de tu situación. ¿Me permites hacerlo ahora mismo? Si en este momento estás experimentando un profundo sufrimiento y una gran lucha, desde luego te recomiendo que leas este libro. Pero no te quedes ahí. No te apene buscar la ayuda que necesitas.

Espero que estas palabras sean de consuelo para ti.

Con gratitud,
TRILLIA

Introducción

Ahora mismo que empiezo a redactar las páginas de este libro y a meditar acerca del temor y del temor del Señor, me encuentro en un avión en plena turbulencia, intensa y aterradora. Los pasajeros rebotamos y somos sacudidos de un lado a otro. No tengo control, no existe escapatoria (razonable) alguna para esta situación y, a decir verdad, me desagrada todo esto. No me gusta sentirme indefensa, como si mi existencia estuviera en manos de un extraño que, supongo, lleva muchos años volando aeronaves. Con todo, mi mente ansiosa empieza a preguntar: *¿Y si no tiene experiencia? ¿Y si entra en pánico y hace alguna maniobra exagerada, o este avión deja de funcionar?*

Estos son los verdaderos pensamientos que revolotean en mi mente en este preciso momento. Y aquí estoy, escribiendo un libro acerca de los temores del corazón. Parece absurdo. Me atemoriza un vuelo agitado a pesar de que estadísticamente todo debería estar bien. Con todo, más que las estadísticas que me favorecen ampliamente, lo que importa es que Dios tiene el control de todo. Aun así, mis temores persisten. Escribo esto como una mujer que lucha constantemente con temores y que batalla por la fe. Me encuentro en el proceso de aprender lo que significa temer al Señor. No soy experta en el arte de confiar en el Señor. Estoy aprendiendo y agradezco el hecho de que Dios es paciente conmigo. Tal vez te pareces a mí y eres una mujer cristiana que, a pesar de creer firmemente que Dios tiene el control de todo,

batalla con el temor. ¿Acaso no todas batallamos con el temor en cierta medida? Dios también es paciente contigo.

Considero a Pablo un excelente ejemplo de un hombre temeroso de Dios que tuvo que aprender la confianza. Tuvo que aprender a contentarse (Filipenses 4:11). Pablo no había “alcanzado la meta”. Tuvo que pasar por el fuego. Tuvo que ser probado, y su fe y su confianza en el Señor crecieron como resultado de ello. Digo esto porque muchas veces consideramos a los hombres y a las mujeres de las Escrituras nuestro ejemplo para vivir. El ejemplo de Pablo es el de una vida de aprendizaje, no de perfección.

La valerosa mujer descrita en el capítulo de Proverbios acerca de la sabiduría es considerada un ejemplo a seguir para nosotras. Ella se ríe de la incertidumbre de lo por venir y encuentra su seguridad y su fortaleza en el temor del Señor (Proverbios 31:25, 30). Ella es fuerte y valiente. Yo me la imagino como alguien que no se inmuta frente a lo incierto y está dispuesta a enfrentar cualquier peligro. ¡Cuánto desearía ser como ella! Por suerte también es considerada un *ideal*.

Yo describiría mi caminar diario con el Señor en términos muy diferentes. Soy temerosa, pero quiero ser valiente y confiada. Soy ansiosa, pero quiero encontrar confianza y descanso en Dios. Según creo, si la mujer valiente de Proverbios estuviera en medio de nosotros, no se sentiría a gusto con el pedestal donde la hemos puesto. Nadie es perfecto y aun la mujer “ideal” necesitaba crecer y aprender.

De igual manera, tú y yo somos probadas. No nos volvemos cristianas y de inmediato entendemos lo que significa caminar por la fe. Al igual que un bebé, empezamos a caminar sirviéndonos de las manos, luego gateando, luego apoyándonos en la

Palabra de verdad, tropezando y cayendo muchas veces. Y luego un día llegamos al punto en el que damos ese paso seguro de fe y, antes de que nos demos cuenta, ya vamos tambaleantes en línea recta. Así como no salimos caminando del vientre de nuestra madre, no nacemos de nuevo confiando de manera perfecta.

No soy la única que experimenta esto. El otro día recibí un correo electrónico de una amiga que me pidió oración porque temía darle permiso a su hija para que viajara al otro extremo del estado. Antes de eso, y en los meses precedentes, he tenido el privilegio de cuidar a mujeres que han sufrido abortos espontáneos y que temen que les pase otra vez o que nunca vuelvan a quedar embarazadas. Tengo una querida amiga en edad universitaria que me confesó su temor a no pasar los exámenes intermedios para aprobar sus clases. Mi amiga soltera está orando para que el Señor le dé un esposo, pero las probabilidades parecen mínimas, de modo que ella teme que eso no suceda. Podría seguir contando más y más casos. Supongo que te identificas con circunstancias similares y con la tentación de temer en medio de ellas.

Con demasiada frecuencia tememos el pasado, el presente y el futuro. Tememos ser nosotras mismas, por lo que intentamos agradar a los demás siendo lo que nos parece que quieren que seamos. A diferencia del salmista en el Salmo 23, tememos que el futuro no sea tan bueno como Dios dice y nos preguntamos: *¿El bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida?* (Salmos 23:6). También existe el temor a otras mujeres y, como resultado, nos comparamos con ellas y juzgamos sus acciones y motivos. Tememos al futuro, ansiosas de que nuestros hijos no conozcan al Señor cuando crezcan o nuestro esposo no regrese de un viaje. No queremos que nuestros hijos mueran, de modo que nos obsesionamos con la muerte y olvidamos quién tiene el control de todo. Y dudamos acerca de si somos lo suficientemente buenas para algo o para alguien.

Sé por experiencia propia que esto es una realidad. Desde con-

fiar en Dios para recibir un esposo hasta orar para no tener otro aborto espontáneo, he experimentado la debilitante e intensa tentación de temer. El temor al que me refiero es por definición una expectativa de perjuicio, es vivir alarmada y prevenida. Cuando me siento tentada a temer de esa manera es porque mi falso sentido de control ha sido alterado por alguna circunstancia. O hay incertidumbres, situaciones desconocidas que pertenecen al futuro, y me doy cuenta de que no tengo control alguno sobre lo que va a suceder. En muchos sentidos, nuestros temores se basan en nuestra búsqueda de confianza y seguridad en nosotras mismas. En cuestión de segundos, yo puedo sepultar a mi esposo en mis pensamientos secretos, donde organizo el funeral y me espanta el prospecto de criar sola a nuestros dos hermosos hijos. Estos pensamientos son imaginarios; se trata de situaciones hipotéticas. Es nada más mi temor. En esos momentos, mi mente no está ocupada en pensar en lo que es verdadero, honesto, justo, puro, amable, de buen nombre, ni en virtud alguna o lo que es digno de alabanza (Filipenses 4:8). Me he dado cuenta de que mis intentos de jugar a Dios nunca me funcionan. ¿Te sucede lo mismo? En cualquier caso, creo que tú y yo hacemos esto porque creemos que es más fácil tener el control. Sin embargo, cuando nos damos cuenta de que no reinamos sobre todas las cosas, que no tenemos autoridad soberana sobre nuestra vida, puede ser aterrador.

Existe, por fortuna, un remedio para todos nuestros temores. Ese remedio proviene de una Persona, y Él provee el consuelo por medio del Espíritu Santo, así como mediante su Palabra. Para resistir nuestros temores, veremos la soberanía y el amor de Dios y cómo se disipan nuestros temores cuando aplicamos la Palabra de Dios a nuestra vida. Aquello a lo cual nos aferramos (el control) es precisa e irónicamente lo que más necesitamos soltar. A medida que tú y yo entendamos que nuestro Dios no es un gobernante tirano, sino un Padre que nos guía e instruye

con amor, podremos soltar el control sobre nuestras vidas que produce el mal fruto del temor. No se trata de “soltar y dejar que Dios se encargue”, sino de “soltar, correr hacia nuestro Salvador y aprender a confiar en Dios”.

Por otro lado, existe un temor que sí debemos tener. Es un temor que se define como una admiración reverente frente a un Dios santo que estuvo dispuesto a rebajarse para volverse hombre, murió en una cruz y cargó toda la ira que tú y yo merecíamos a fin de que ahora pudiéramos entrar a su presencia. Y ahora podemos entrar en su presencia y recibir gracia. Él puede convertir nuestro temor pecaminoso y débil en temor de Él. Dios hace esto; Él convierte el carbón en diamantes. No tenemos que vivir paralizadas por el temor, porque tenemos un Dios que sostiene los océanos en la palma de su mano. Él no nos promete una vida fácil (lejos de eso), pero sí que cuidará de nosotras, sus hijas, hasta el final y por toda la eternidad. En última instancia, la forma de combatir el temor es confiar en el Señor y temerle a Él.

El temor es una emoción que podemos sentir de diversas maneras; puede ser paralizante, controlador e incluso motivante. Lamentablemente, el temor es, con frecuencia, el resultado del pecado en nuestro corazón. El temor tiene un modo de susurrar mentiras a nuestra alma acerca de quién es Dios. Sin embargo, ¿existen tipos de temor que sean buenos (aparte del temor de Dios que acabo de señalar)? ¿Puede ser a veces legítimo o correcto, o es siempre pecaminoso? Si bien es cierto que el temor más aceptable es el temor del Señor, hay ocasiones en las que el temor es aceptable, incluso sabio. En los capítulos que siguen, exploraré lo que constituye un temor aceptable. A modo de aclaración, no defiendo una actitud temeraria. No digo que debas acercarte a un risco y saltar o que necesites escribir una lista de acrobacias peligrosas y retos que nunca habrías intentado hacer antes de leer este libro. No me refiero a eso. Me refiero a los temores con

los que batallamos en nuestra vida normal y cotidiana, lo cual puede o no incluir el salto desde un risco.

Así que te invito a gatear, a tambalear y a caminar conmigo entre las pruebas y los temores que enfrentamos a medida que aprendemos a reemplazar nuestros temores con confianza y a temer al Señor. Somos propensas a temer y deseamos tener el control, pero el Señor nos ofrece algo mucho mejor. El Señor ha trazado el mejor camino, un camino que nos dará vida y paz.

Los temores del corazón habla acerca de poner nuestra seguridad en el Señor, de modo que podamos ceñirnos de fuerza (Proverbios 31:17).

El avión sigue sacudiéndose. ¡Cuánto desearía que no fuera así! Sin embargo, en el descenso y la sacudida, me doy cuenta de que tengo que elegir. En este mismo momento, puedo elegir entre apretar los dientes e imaginar la vida de mis hijos y de mi esposo sin mí, o confiar en el Señor. En este caso, y para la gloria de Dios, elegí confiar. En las páginas que siguen, te contaré cómo he logrado progresar en el tema de la confianza.

Capítulo 1

El temor al hombre

*R*ecuerdo que, al principio de mi vida cristiana, andaba des-
preocupada, y decir que me emocionaba todo acerca del Señor sería una subestimación. Además, era una esponja. Todo lo que me decía cualquier persona acerca de mi nueva fe, yo lo tomaba como “el evangelio”. Como podrás imaginar, para una joven cristiana que era fácil de influenciar, eso no era bueno. Yo no entendía bien la gracia y, cuando las personas hablaban acerca de pecado, empecé a temer que no estaba a la altura de las expectativas. Empecé a vivir con el temor a pecar. Empecé a cuestionar mis motivos, mis acciones, mis pensamientos, todo, y daba por hecho que todas las personas a mi alrededor también los cuestionaban. Temía el juicio de los demás. Me aterrorizaban las opiniones de otros. Juzgaba a otros por temor y temía al hombre.

El “temor al hombre” es un término que se emplea para describir el corazón de alguien que actúa y habla (o se cohíbe de actuar o hablar) por temor a lo que piensen los demás. Hay un ejemplo de esta actitud en Juan 12:42-43: El pueblo y las autoridades creían en Jesús, pero no lo confesaban por temor a ser rechazados. Incluso Pedro, que caminó con Cristo y era uno de

los discípulos, lo negó tres veces por causa de su temor al hombre (Marcos 14:66-72). Preocuparse en exceso por lo que los demás piensan puede ser perjudicial para nuestra fe y causar mucha angustia. Al menos eso fue lo que sucedió en mi caso.

La mucha preocupación por lo que piensan los demás

El pecado no es un concepto ajeno. Es la condición desafortunada que enfrentamos al nacer y que nos acompaña hasta que el Señor nos lleva al hogar celestial. Yo he pecado, continúo pecando y seguiré pecando. Sin embargo, en mi orgullo hubo un tiempo en el que yo no quería que alguien pensara que yo pecaba. Detestaba la idea de decepcionar a los demás. Aunque no me di cuenta de este pecado hasta que fui una joven cristiana adulta, había luchado con él toda mi vida. Era mi pecado de agradar a las personas.

Preocuparse en exceso por lo que los demás piensan puede ser perjudicial para nuestra fe.

Yo era la animadora estrella, la estudiante flautista de honor, la presidenta del gobierno estudiantil y una buena chica (excepto en lo relacionado con los chicos, que me gustaban desde pequeña). Yo era *esa* clase de chica. La estudiante sobresaliente que era amiga de todo el mundo, la típica niña buena que estaba siempre sonriente (yo era una persona alegre por naturaleza y, está bien, hay cosas que no cambian, pero ahora es el gozo del Señor). Con todo, ocultaba un secreto: me fascinaba recibir elogios y odiaba la idea de equivocarme. La persona más importante en mi vida durante mi adolescencia fue mi padre y, más que nada en el mundo, yo anhelaba agradarle.

Por ese motivo, me esforzaba en todo, acostumbraba a obedecer (no teníamos muchas reglas en casa) y me destacaba en

las actividades extracurriculares y en la escuela. Creo que este temor al hombre y el deseo de honrar a mi padre fueron, en realidad, una valla de protección que Dios en su gracia proveyó. Mis compañeros ya experimentaban con drogas y yo no quería tener nada que ver con eso. Aunque no era dada a las fiestas, sí tuve una relación “seria” con un chico y recuerdo que, con mi padre, hablamos acerca de esa relación carnal. Fue mi respeto por él lo que me llevó a ponerle fin a esa relación. En ese caso, hubo un sano respeto y temor, pero, en general, muchas de mis acciones no eran más que un deseo de agradar y de ser vista como buena. Mi padre sí me inculcó un amor por las personas, de modo que no todo lo que yo hacía era para agradar a la gente, pero la idea de decepcionar a mi padre me desgarraba por dentro.

Por lo anterior, cuando me hice cristiana a los veintitantes años, y el Espíritu Santo empezó a revelar mi corazón pecaminoso, yo quedé asombrada. No podía creer que fuera posible que *parte* de mi motivación para hacer lo bueno y para alcanzar mis mayores logros fueran producto del pecado. Después de todo, yo era una buena persona, ¿no? Mi orgullo era tan grande que estaba condenada. En última instancia, el problema con mis ansias de agradar era que yo me había convencido a mí misma que las opiniones de otros acerca de mí eran mucho más importantes que la opinión de Dios.

Resalto de manera intencional la palabra “parte”. Aunque deseamos resistir la tentación, esta es particularmente difícil. No quiero que te prives de hacer el bien por temor (ahí está de nuevo esa palabra) a actuar por las razones equivocadas. Nunca haremos nada si examinamos minuciosamente cada motivo. ¡Anda y haz todo el bien que puedas! Y cuando lo haces, resiste la tentación de hacerlo para agradar a otros.

Lou Priolo escribió en su libro, *Pleasing People* [Agradar a la gente], que una de las muchas tentaciones que puede enfrentar una persona obsesionada con agradar es “el amor excesivo por

los elogios que te lleva a creer que la opinión que tiene el hombre acerca ti está por encima de la de Dios".¹ Lo absurdo de esta tentación es que los hombres y las mujeres a quienes buscamos agradar son igual que nosotros, gente falible.

Este temor al hombre se manifiesta de muchas formas. En mi vida, era principalmente el afán de verme bien y de hacer mi mejor esfuerzo por no decepcionar a mi padre. (Lo irónico es que era muy difícil decepcionarlo. Él era increíblemente bondadoso, lo cual hacía mi temor aún más ridículo). Para otras personas, el temor puede estar motivado por un deseo de encajar en un determinado grupo o de no ser identificado con una persona en particular. Quizás te niegas a que te identifiquen con algunas personas a quienes rechazas, a fin de proyectar cierta apariencia delante de otros. Las redes sociales son especialistas en alentar el temor al hombre. Miramos quién ha puesto “me gusta” en nuestra publicación o fotografía, temerosas de lo que escribimos y con la esperanza de llamar la atención.

Has oído el dicho: “Nada hay nuevo debajo del sol” (*Eclesiastés 1:9*). Esto es definitivamente cierto en lo que respecta al temor al hombre. Pedro (ya sabes, el hombre que caminó cerca de Jesús) negó a su amigo y Salvador no una sino tres veces. Él no lo negó en días felices. Negó a Cristo cuando Él se dirigía a la muerte y lo hizo porque temió al hombre. Un examen de este relato de la vida de Pedro nos dará una idea acerca de las motivaciones y las consecuencias de este temor.

Jesús había profetizado que Pedro iba a negarlo, pero el discípulo se opuso con gran vehemencia diciendo: “Si me fuere necesario morir contigo, no te negaré” (*Marcos 14:31*). Pedro cayó en la trampa de creer que era inmune a ese pecado. Pablo nos advierte que, si alguien piensa que está firme, “mire que no caiga” (*1 Corintios 10:12*). Aunque nadie es completamente

1. Lou Priolo, *Pleasing People: How Not to Be an Approval Junkie* (Phillipsburg, NJ: P&R, 2007), 64.

inmune a ciertas tentaciones, Pedro estaba muy seguro de sí mismo. Estaba seguro de que iba a permanecer firme con Jesús, que iba a enfrentar a las autoridades y a los burladores hasta el final amargo (Marcos 14:29).

Sin embargo, sabemos bien cómo terminó esto. Pedro no permaneció firme con Cristo y lo negó dos veces a una sierva y luego ante una multitud completa. Cuando el gallo cantó, Pedro supo de inmediato que no había pasado la prueba que, con tanta seguridad, había creído que pasaría. Pedro no persistió en su orgullo ni inventó excusas para su negación. Cayó al piso y lloró. Imagino que hubo muchas lágrimas. Había traicionado a su amigo, maestro y Salvador por temor a perder su propia vida. Pedro no quería morir. En ese momento, Pedro olvidó lo que significaba seguir a Cristo.

Cuando tememos al hombre, nos pasa lo de Pedro en ese momento de olvido. Pedro olvidó que quienes matan el cuerpo no pueden matar el alma (Mateo 10:28). Verás que el pasaje bíblico es citado a lo largo de este libro porque esas pocas palabras contienen un océano de verdad teológica acerca del temor del Señor. Solo hay uno a quien debemos temer y es el Señor. Pedro olvidó, como tú y yo olvidamos tantas veces. Su afán fue preservar su vida. Para él fue más importante confundirse entre la multitud que ser conocido como “uno de aquellos”.

Pedro caminó de cerca con Jesús. He dicho esto en un tono que no lo hace ver tonto ni con el ánimo de condenarlo, sino más bien para subrayar la sublime gracia de Jesús. Jesús sabía que Pedro iba a negarlo. Jesús es Dios y, por tanto, poseía toda la presciencia de su Padre. Jesús no solo predijo la negación de Pedro (Marcos 14:27-31), sino que sabía que un día Él honraría a Pedro a pesar de aquel suceso (Mateo 16:19). Y Él hace lo mismo con nosotras.

Tristemente, tú y yo negamos a Cristo cada vez que nos preocupa más lo que piensan los demás que lo que Dios ha declarado

de antemano acerca de nosotras. Cada vez que buscamos la aprobación y la alabanza de los hombres, decimos al Señor que su sacrificio no fue suficiente. Y Él nos dice que Él mismo se volvió el “temor al hombre” a fin de que nosotras fuéramos contadas por justas. Delante del Señor, podemos presentarnos como quienes solo se preocupan por amarlo y agradarlo a Él, y todo está consumado gracias a Cristo. Él ya se complace contigo y conmigo.

Hay otro problema inquietante con el temor al hombre, uno que solemos pasar por alto. Es el juicio. El temor al hombre

no siempre supone negar a otros o desechar agradar a otros, sino que a veces tememos al hombre en nuestros pensamientos secretos acerca de otros. Las situaciones que imaginamos y tememos pueden llevarnos a juzgar a otros.

Cada vez que buscamos la aprobación y la alabanza de los hombres, decimos al Señor que su sacrificio no fue suficiente.

Lloré y ellos reconocieron la falta, y ya está. Pidieron perdón y yo perdoné.

Casi nunca sabemos lo que *realmente* piensan otras personas de nosotras. Y con frecuencia me pregunto si, en realidad, queremos saberlo. Por lo general, tenemos la opción de pensar lo mejor o de ignorar la cuestión por completo. Lamentablemente, la mayoría no pensamos lo mejor y tampoco nos despreocupa lo que otros piensen. A todas nos inquietan las opiniones de los demás. Este es el temor al hombre. Puede manifestarse de muchas formas, pero hay una cosa de la cual podemos estar seguras: es

La calumnia, el juicio y el temor al hombre

Recuerdo un incidente cuando mi nombre y mi persona fueron objeto de críticas y ataques. Fue terrible. Fue doloroso. De inmediato confronté a los responsables.

una trampa (Proverbios 29:25). He descubierto que cuando me veo tentada a temer al hombre, por lo general se fundamenta en mi temor a lo que alguien piense de mí. Sin embargo, al indagar más a fondo me doy cuenta de que, en realidad, estoy juzgando y esperando lo peor de los demás.

El temor al hombre y el juicio

El temor al hombre nos lleva con frecuencia a juzgar a otros porque empezamos a dar por hecho que conocemos sus motivos, sus pensamientos, su carácter y sus intenciones. Alguien olvida responder un correo electrónico y, de inmediato, das por hecho que no eres una prioridad y que la otra persona es egoísta. Al final resulta que estaba de vacaciones. Te cruzas con alguien en el pasillo y no te saluda, por lo que das por sentado que no le agradas o es un grosero. Resulta que no te vio. Invitas a una persona a algo y declina la invitación, por lo que das por hecho que la has decepcionado. Resulta que, simplemente, no tenía deseos de asistir, estaba enferma o tenía otra ocupación. En realidad, no importa lo que la otra persona piensa o hace, porque nuestra preocupación por lo que los demás piensan nos lleva a emitir juicios pecaminosos.

El temor al hombre y el olvido de sí

Los pensamientos distorsionados que nos llevan a juzgar a otros son una forma de orgullo que solo puede remediararse con lo que Tim Keller denomina “la humildad del evangelio”. Como explica en su útil libro *Autoolvido: El camino a la verdadera libertad*:

La humildad del evangelio es no necesitar pensar acerca de mí mismo. Es no necesitar vincular lo que ocurre con mi yo. Es el fin de pensamientos como: “Estoy en este recinto con estas personas. ¿Me conviene estar aquí? ¿Quiero estar aquí?”. La verdadera humildad del evangelio significa que dejo de relacionar cada experiencia y cada conversación con mi persona. De hecho, es dejar de pensar

acerca de mí. La libertad del olvido de sí. El bendito descanso que solo trae el olvido de sí mismo.²

La preocupación por lo que otros piensan es orgullo. Tal vez quieras ser estimada en gran manera. Tal vez detestas la idea de que te malentiendan (sí que comprendo eso). En cualquier caso, es orgullo y sabemos que Dios resiste al orgulloso (Santiago 4:6).

Todo creyente verdadero anhela la humildad del evangelio. Ninguna de nosotras desea quedarse como está, sino que todas queremos ser transformadas en la semejanza de Cristo. Los cristianos no buscan desobedecer a Dios ni contristar al Espíritu. Además, no es divertido consumirse pensando en lo que piensan los demás. Keller explica su secreto del dulce olvido de sí mismo que encontramos en el evangelio:

¿Entendemos realmente que es solo en el evangelio de Jesucristo que se emite un veredicto antes de que haya desempeño alguno de nuestra parte? En el cristianismo, el veredicto conduce al desempeño. No es el desempeño lo que lleva al veredicto. En el cristianismo, en el momento en que creemos, Dios dice: “Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia”. O citemos Romanos 8:1 que dice: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”. En el cristianismo, en el momento en que creemos, Dios nos imputa el desempeño perfecto de Cristo como si fuera nuestro y nos adopta en su familia. En otras palabras, Dios puede decirnos como dijo antes a Cristo: “Eres mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”.³

El veredicto de “bien hecho” es emitido y, por ende, tú y yo corremos la carrera de la fe desecharlo el juicio y el temor al

2. Timothy Keller, *The Freedom of Self-Forgetfulness* (Chorley, UK: 10Publishing, 2013), edición Kindle, loc. 211-309. Publicado en español por Andamio con el título *Autoolvido: El camino de la verdadera libertad*.

3. Me baso en Keller, *The Freedom of Self-Forgetfulness*, edición Kindle, loc. 211-309.

hombre. Aunque fracasemos muchas veces, seguimos adelante esforzándonos. Después de todo, la declaración divina de “bien hecho” nos motiva e inspira una vida consagrada a su gloria.

Desearía poder afirmar que la batalla contra el temor al hombre y la tentación de juzgar a otros es fácil, pero no lo es. Sin embargo, podemos tener la certeza de que Dios, en efecto, perfeccionará la buena obra que empezó en nosotras (Filipenses 1:6). Este es un caminar de fe, una carrera hasta la línea de llegada que nos liberará de nuestra lucha con el pecado y la tentación y nos llevará a la gloria. Un día estaremos con nuestro Salvador adorándolo por la eternidad. Nunca volveremos a adorar al ídolo del hombre.

Una encrucijada

Cuando oí las buenas nuevas del evangelio, fue tan maravilloso y liberador que no podía resistir alegrarme y contarla a otros. (¿Has observado ese comportamiento en los nuevos cristianos?). Sin embargo, en lo que pareció ser un instante, mi gozo y mi espíritu despreocupado fueron invadidos por el temor al hombre. Todo el tiempo temía estar haciendo algo incorrecto. Había temido al hombre antes, pero esta vez ya no me era oculto. Lo veía cara a cara. Durante una breve temporada, pensé que había logrado dominar a la bestia. Leí libros (parecidos a este capítulo) completamente dedicados al tema. Oré. Seguí todos los consejos y parecían funcionar. Pero luego me casé. En un sin fin de situaciones, temía lo que mi esposo pensara de mí. ¿Pensaba él que yo estaba suficientemente en forma? ¿O demasiado? ¿Qué pensaba de lo que cocinaba? ¿Estaba mi comida a la altura de las expectativas de su mamá? (Ella es una chef excelente, aunque no tenga título ni galardones). Yo vivía en una batalla constante contra mí misma. Mi esposo me mostraba su agradecimiento por preparar la comida, pero no como yo esperaba, por lo que daba

por hecho que la detestaba. Yo me sentía decepcionada. Yo, yo, yo. Todo era acerca de mí.

Tristemente, ahí no terminaba todo. Mi temor a lo que otros piensan de mí empezó a afectar mi matrimonio. A pesar de que mi esposo me afirmaba y animaba respecto a varias actividades, yo seguía temiendo lo que otras mujeres pensaran. Cuando las mujeres daban su opinión acerca de mi vida, mi trabajo y mi ministerio, en lugar de sopesar sus palabras a la luz de la Palabra de Dios y de confiar en el Señor (y en mi esposo), yo quedaba paralizada de temor. Cuestionaba las decisiones de mi esposo y en lugar de aceptarlas, pensaba lo que otros harían o no harían en nuestra situación. Detestaba la idea de no ser aceptada por ser “diferente”.

Como ya he señalado, el temor al hombre está delineado en la Palabra de Dios como un lazo (Proverbios 29:25) o trampa. El temor te atrapa en tu mente y te impide obedecer, confiar y temer al Señor. Es una trampa que me impidió confiar en mi esposo respecto a las decisiones o a su opinión. Es una trampa porque te cautiva para poner a las personas por encima de Dios, convirtiéndolas en objetos de tu adoración.

Me sentía en una encrucijada. Podía creer que es verdad lo que Dios dijo en su Palabra acerca de sus hijos o podía seguir confiando en mis propios sentimientos, temores y pensamientos. Era una cuestión de fe. Dios dijo que Él es por nosotros (Romanos 8:31). Él ve a los que están en Cristo como quienes están revestidos de la justicia de Cristo (Romanos 5:17) y Él está obrando sin cesar en nuestra vida (Filipenses 1:6). Dios me estaba llevando al punto de la humildad para poder así exaltarme.

El remedio para el temor al hombre no es una mayor estima o amor propios. Como escribí en mi libro *United*:

La cura del mundo para el temor al hombre es encontrar maneras de sentirse orgulloso de sí mismo y encontrar seguridad en y por medio del yo. Frases como “ámate” o “cree en ti” o incluso la tierna

pero teológicamente floja cita atribuida a Walt Disney: “Si puedes soñarlo, puedes lograrlo”, no hacen más que centrarse en el yo. En cambio, Dios dice que lo opuesto al temor al hombre no es encontrar seguridad y orgullo en uno mismo. Es depositar nuestra confianza y poner nuestra seguridad en Él.⁴

Combatir el temor al hombre empieza, como afirma Tim Keller (citando a C. S. Lewis), con pensar menos en nosotras mismas.⁵

Para que tú y yo dejemos de preocuparnos por los demás, tenemos que empezar a pensar en Jesús. A medida que meditamos en el carácter de Dios y recordamos su santidad (Salmos 77:13), omnisciencia (Salmos 147:5), soberanía (Deuteronomio 4:39) y amor (Juan 3:16), empezamos a experimentar el principio de la sabiduría y del entendimiento (Salmos 111:10). Cuando me propuse pensar acerca del carácter de Dios, empecé a experimentar la verdadera libertad en Cristo y el gozo en el Señor. Mi vida ya no dependía de otros, sino que se sometía más a Dios.

Repite, no se trata de pensar de nosotras como menos. Yo no combato el temor al hombre y mi preocupación por lo que piensan los demás esperando lo peor en todo lo que hago y mortificándome a mí misma mientras exalto a los demás. No niego los dones de Dios en mi vida, lo cual sería falsa humildad. No ando por ahí cabizbaja con miedo a que me elogien o me animen, lo cual solo atraería más atención a mi propio yo. Lo que estoy aprendiendo a hacer es olvidarme de mí misma para poder disfrutar a otros, disfrutar lo que el Señor está haciendo y, más importante aún, disfrutar y adorar a mi Padre.

Tal vez tu lucha no sea tan grande como la mía, pero no dudo que hayas experimentado situaciones en las que te preocupaste por lo que otros pensaban de ti. Es demasiado fácil caer en eso.

4. Trillia Newbell, *United* (Chicago: Moody, 2014), 45.

5. Keller, *The Freedom of Self-Forgetfulness*.

Creo que una razón por la que nos importa tanto lo que otros piensan es el deseo de mantener las apariencias. Queremos que los demás piensen que somos tranquilas o “geniales”, de modo que desobedecemos al Señor en cierta área; queremos que los demás piensen que somos justas, de modo que jugamos al papel de la niña buena aun cuando somos desdichadas; queremos que los demás piensen que no tenemos vínculos con determinadas personas u organizaciones, de modo que negamos a nuestros amigos (como Pedro negó a Jesús). Muchas veces nuestras acciones nos impiden amar y servir a otros porque nos preocupa demasiado lo que piensen los demás. La razón por la que esto sucede es el orgullo. Nuestro orgullo y deseo de ser vistas de cierta manera nos impiden tener la vida que Dios desea para nosotras.

Nuestro orgullo y
deseo de ser vistas
de cierta manera
nos impiden tener
la vida que Dios
desea para nosotras.

Así que la verdadera pregunta es: ¿Te cuesta encontrar tu plena y completa aceptación y satisfacción en Dios y nada más? A mí me sucede esto y estoy segura de que a ti también. Todas lo experimentamos en cierta medida. Si te identificas con lo que he descrito y sientes un anhelo profundo de

ser aceptada por otros, es posible que experimentes desaliento. Simplemente, no vas a poder complacer a todo el mundo. Es imposible. Podemos complacer a los demás, pero solo en cierto grado, y no es algo que satisfaga. Su alabanza solo nos dejará hambrientas de más. Su afecto nos dejará insatisfechas. Su aceptación se agotará cuando pequen contra nosotras y descubriremos de paso que las otras personas también son igualmente pecadoras. El único que nos satisfará por completo y sin decepcionarnos es el Señor.

No podemos encontrar satisfacción y deleite verdaderos y duraderos sino por medio de Él y en Él. David entendió esto y escribió:

“Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (Salmos 16:11). Nuestro error radica en cambiar estos placeres que son eternos por la esperanza de aceptación o la alabanza que duran un minuto y provienen de simples mortales. Cuando lo miras desde esa perspectiva, es evidente que se trata de un esfuerzo inútil.

El problema con insistir en el tema es que podemos correr el peligro de volvemos demasiado introspectivas. La idea no es hacerte sentir mal contigo misma. Ese no es el objetivo ni la esencia de lo que significa el olvido de sí. Lo que tú y yo necesitamos es recordar a Dios. No tenemos que vivir afanadas buscando agradar a las personas, porque ya hay alguien que se complace con nosotras. La sangre de Jesús cubre el temor al hombre. Dios te ve como justa y como quien le teme de manera perfecta. Es imposible predicar esto en exceso, porque olvidamos con demasiada facilidad. Dios tiene el poder para cambiarte a ti y a mí y Él perfeccionará su buena obra.

Un lugar seguro

Proverbios 29:25 dice que quienes temen al hombre están atrapados con un lazo, pero quienes no temen al hombre confían en el Señor y estarán seguros. En otras palabras, el temor al hombre refleja un corazón que no confía en el Señor. Pedro no confiaba en que el Señor lo protegiera, y cuando yo temo a lo que piensan los demás, no confío en que el Señor se agrada de mí. Sin embargo, Dios ama nuestro corazón y nuestra mente. Él quiere que lo amemos con todo nuestro corazón y con toda nuestra mente (Mateo 22:37). Él quiere que confiemos en Él. Solo en Él hay paz, descanso y seguridad.

Estamos tan familiarizadas con el mensaje de que el Señor perdona el pecado y tal vez es la expresión suprema de su seguridad (estar a salvo de su ira), que rara vez hablamos acerca de

ese aspecto de su carácter. En Dios tenemos seguridad. Tú y yo pensamos que tenemos que controlar lo que los demás piensan, pero Dios dice que no, y declara que estamos a salvo y seguras. Nosotras pensamos que tenemos que preocuparnos por el daño que puedan causarnos los demás (físico o de otro tipo), por lo que callamos en vez de hablar acerca de Jesús; en cambio, Dios declara que estamos seguras. El temor al hombre nos pone lazo, nos atrapa como un animal enjaulado, pero el temor del Señor nos conduce a los brazos seguros de un Padre. ¡Cuán maravilloso es esto! Más adelante profundizaremos en lo que significa temer al Señor, pero por ahora maravillémonos ante la realidad de vivir seguras en el Señor.

Quizás esta es la primera vez que enfrentas el temor al hombre en su verdadera dimensión. Recuerda que el Señor desea que no sigamos como estamos. Tú y yo no queremos ser como el hombre que se mira en el espejo y luego olvida cómo se ve (Santiago 1:23-24). Si Dios, en su tierna gracia, trae convicción a tu vida, Él proveerá también la gracia para escapar, perdonar y arrepentirte. Pide a Dios que te dé una visión de quién es Él y que puedas confiar que es lo que dice que es. Estarás segura en Él.

Mi padre falleció cuando estaba en mi primer año de universidad. Durante la mayor parte de su vida, batalló contra la diabetes y, al final, un cáncer y la insuficiencia cardíaca congestiva apagaron su vida. Él era mi héroe y mi mejor amigo. El Señor lo usó para protegerme de muchos peligros y usó su muerte como un medio para revelarse a mí cuando ya no tenía a mi papá por quien yo vivía. Cuando me hice cristiana, me quedó claro que Dios quería que yo entendiera que Él era mi Padre. Y, a pesar de que yo pecó contra el Señor, no lo decepciono, porque Él no se fija en mi desempeño, sino que cuando me ve a mí, ve a Jesús.

Esto es asombroso. Como hija suya, deseo agradarle y glorificar su nombre, pero no tengo que temer su rechazo ni su enojo (o ira). Ese es nuestro Padre, queridas lectoras. Que esta realidad nos motive a no temer al hombre.